

Tbn

La tribuna.

La verdadera crisis: mil millones de hambrientos

La firma



Arturo Warleta

Portavoz del partido político Por Un Mundo más Justo (PUM+J) y presidente de la Fundación Funciona

La pasada semana, un informe de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y del Programa Mundial de Alimentos (PMA) nos confirmaba un vergonzoso récord mundial: más de 1.000 millones de personas pasan hambre en nuestro planeta. De ellos, el 1,5% se encuentran en los países desarrollados. Todos los adjetivos que pudiéramos usar para describir esta situación (vergonzosa, injusta, inadmisiblemente, dramática, desgarradora) ya eran válidos mucho antes de alcanzar esta cifra. Sin embargo, las mismas fuentes aseguran que se producen actualmente alimentos suficientes para alimentar a una población de 12.000 millones de personas, casi el doble de la población mundial. La prosperidad de los países ricos ha ido en aumento a la par que la pobreza en los países pobres. Los informes de desarrollo revelan que las desigualdades aumentan de año en año. Las actuales normas que regulan las relaciones entre países pobres y ricos generan mayor pobreza, lo cual, teniendo en cuenta que existen recursos suficientes en el planeta, es injusto.

En el año 2000, representantes de 189 países firmaron la Declaración del Milenio, uno de cuyos propósitos rezaba: "Reducir a la mitad, entre 1990 y 2015, el porcentaje de personas que padecen hambre". El objetivo es, pues, limitar a un máximo de 420 millones el número de hambrientos en el año 2015. Pues bien, desde esa fecha, pese a las buenas intenciones manifiestas, no ha dejado de aumentar el número de hambrientos en el mundo. Con estos datos en la mano, es fácil acusar de cínicos o ilusos a los que aún creen en el posible cumplimiento de esta meta.

Esta situación se achaca, en gran medida, a dos crisis que se han concatenado en los últimos años: la crisis alimentaria (entre los años 2006 y 2008, que afectó principalmente al mercado de alimentos y combustibles) y la financiera (cuyo discutido responsable de seguro no se encuentra entre esa sexta parte de la humanidad que hoy pasa hambre).

En el año 2007 se produjo un incremento medio del 40% en el precio de los alimentos básicos. Esta subida respondía a un aumento de las bocas que alimentar, una disminución de los rendimientos de los cultivos, y la especulación sobre estos productos. Los alimentos básicos son hoy día bienes de consumo sometidos a las mismas reglas que cualquier inversión en los mercados internacionales, lo que produce una gran inestabilidad en los precios y en la distribución de los mismos.



Al estallar la crisis financiera, el incremento de precios se detuvo bruscamente.

Desde el inicio de la crisis financiera hace ya algo más de un año, nuestra sociedad ha asistido estupefacta a una reacción sin precedentes de nuestros gobiernos, la cual ha derivado en la inyección de cantidades obscenas de dinero a diferentes sectores, per-

mitiendo de esta forma apuntalar el sistema. Sin embargo, la gravedad del problema del hambre en el mundo siempre ha tenido un lugar poco privilegiado en la agenda. Lejos de asumir quiénes son y serán los máximos perjudicados de esta crisis, se esgrime la misma para reducir los aportes de los países desarrollados a la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD). El Fondo Monetario Internacional prevé que la AOD que recibirán los 71 países más pobres del mundo se reducirá aproximadamente un 25% en el año en curso. Lo aportado anteriormente era claramente insuficiente, y vamos a reducir ese nivel. Por esa decisión, más personas van a morir de hambre.

Estos países se han estancado en la pobreza. Podemos y debemos estudiar las causas que los han enjaulado en esta situación, pero queda poco margen para ignorar nuestra cuota de responsabilidad en la mayoría de ellas: deuda externa, condiciones asimétricas del

mercado internacional, conflictos bélicos, etc. Hemos de tomar, para cada uno de estos frentes, medidas tan drásticas como la situación que padecen las víctimas.

El director general de la FAO, Jacques Diouf, afirma que "tenemos los medios técnicos y económicos para hacer desaparecer el hambre, lo que falta es voluntad política para erradicarla". Nadie es capaz de contradecirle.

Para conseguir revertir esta situación son necesarias dos cosas: contar con gobiernos fuertes y decididos a erradicar la pobreza, así como tener el respaldo de una ciudadanía activa que exija políticas inspiradas en la justicia y la solidaridad universal. Pero el Gobierno ni siquiera ha cumplido su compromiso de aportar el 0,56% de los presupuestos para el año 2010 como Ayuda Oficial al Desarrollo, y la ciudadanía no eleva su voz lo suficiente ante estos casos. Pese al discurso lleno de promesas que no hemos parado de escuchar, la AOD de España se mantiene por debajo de la media europea incumpliendo de esta forma, el Pacto de Estado contra la Pobreza firmado por todos los partidos políticos con representación parlamentaria.

Podemos acabar con el hambre en el mundo. Somos seguramente la primera generación que tiene las herramientas para conseguirlo. Como suele pasar en semejantes retos, no podemos conseguirlo solos, pero lo que atañe a nuestra responsabilidad no puede arreglarlo nadie más que nosotros.

A corto plazo, es indispensable el asistencialismo. Bebiendo de una ayuda humanitaria cuyo volumen sea, como mínimo, lo comprometido a los países en vías de desarrollo, hemos de ejecutar proyectos efectivos e inmediatos, para paliar el hambre. Estos han de centrarse tanto en la distribución de alimentos, como en el apoyo a los agricultores de los países pobres para asegurar su producción. Garantizar, además, la calidad en estas intervenciones es una prioridad urgente.

Al mismo tiempo, hemos de hacer frente a los problemas estructurales. Y podemos hacerlo. Hay que estabilizar un nivel necesario de la producción de alimentos en los países en vías de desarrollo. En nuestra mano está, y nos encontramos ante una ocasión muy propicia, revisar las reglas del mercado para cerciorarnos, si no de la ventaja del desfavorecido, al menos de su equidad. La solución puede provenir de garantizar las normas de libre mercado que nuestras instituciones promulgan, sin barreras ni subvenciones, o puede centrarse en librar a los alimentos del trato mercantil común. Pero, en cualquier caso, hemos de hacer propuestas realistas y concretas inmediatamente.

Finalmente, el largo plazo debería garantizar la protección social mundial, apoyada en un renacido multilateralismo, esta vez haciendo honor a su nombre, que nos convierta en (perdonen el latiguillo) verdaderos ciudadanos del mundo.

¿Utópico? En absoluto. Y absolutamente necesario.



Tenemos los medios técnicos y económicos para hacer desaparecer el hambre, lo que falta es voluntad política para erradicarla